

LOS ENGENDROS DE DAGON

HENRY KUTTNER

Dos arroyos de sangre se deslizaban lentamente por el suelo áspero. Uno de ellos emergía de una herida en la garganta de un cuerpo postrado y poderosamente armado; el otro salía desde una hendidura de la golpeada coraza. La luz oscilante de una lámpara colgante dibujaba sombras grotescas sobre el cadáver y sobre los dos hombres encucillados a su lado. Los dos estaban borrachos. Uno de ellos, un hombre de gran estatura y extremadamente flaco, cuyo cuerpo parecía carecer de huesos —tan suelto era—, murmuró:

—He ganado, Lycon. La sangre tarda en correr, cosa extraña, pero el torrente que he desencadenado llegará pronto a esta grieta.

Señaló una separación entre dos tablas con la punta de su estoque.

Los ojos como de niño de Lycon se abrieron asombrados. Era pequeño, grueso, con cara notablemente parecida a la de un simio sobre los amplios hombros. Tembló un poco al balbucear:

—¡Por Ishtar! ¡La sangre sube hasta los cerros!

Se burló Elak, el flaco:

—Después de todo, la aloja con la que te emborrachas tanto, podía correr cerro arriba. Bien, la cosa se ha decidido. El botín es mío.

Se levantó y se acercó al hombre muerto. Le buscó rápidamente entre la ropa y, de súbito, maldijo con furia.

—¡El cerdo va tan desnudo como una vestal de Baco! No lleva bolsa.

Lycon sonrió a toda boca y más que nunca se pareció a un mono subdesarrollado.

—Los dioses velan por mí —dijo satisfecho.

—De todos los millones de Atlántida, tenías que pelearte con un mendigo —rugió Elak—. Ahora deberemos huir de San-Mu, tal como tus peleas nos obligaron a huir de Poseidonia y de Kornak. Y esta bebida de San-Mu es la bestia de la tierra. Si querías armar lío, ¿por qué no escogiste un usurero gordo? Por lo menos nos habríamos resarcido por la molestia.

—Los dioses velan por mí —repitió Lycon.

Se inclinó hacia delante y luego se volvió a erguir, riéndose solo. Se inclinó demasiado y cayó de bruces. Se quedó inmóvil. Algo se deslizó del seno de su túnica y produjo un ruido metálico al caer sobre el suelo de madera. Lycon roncaba.

Elak, que sonreía de modo nada agradable, se apropió de la bolsa y averiguó su contenido.

—Tus dedos son más rápidos que los míos —dijo al caído Lycon—. Pero aguanto más la bebida que tú. La próxima vez no trates de engañar a quien tiene más inteligencia en el dedo gordo del pie que tú en todo tu cuerpo contrahecho. ¡Basura de mono! Levántate, que viene el posadero con soldados.

Se guardó la bolsa en el cinturón y pateó sin misericordia a Lycon. Pero el pequeño ladrón no se despertaba. Elak, lanzando toda clase de maldiciones, se puso sobre los hombros el cuerpo del otro y avanzó hacia el fondo de la taberna. El distante estruendo de gritos en la calle aumentó de volumen. A Elak le pareció escuchar las quejas del posadero.

—¡Habrá venganza, Lycon! —le prometió amargamente—. ¡Ya ajustaremos cuentas! ¡Por Ishtar, sí! Ya aprenderás...

Se abrió paso por una cortina dorada y avanzó de prisa por un corredor, abrió una puerta de madera y se encontró en la calle detrás de la taberna. Encima, las frías estrellas parpadeaban como escarcha celestial, y el viento que golpeó la cara de Elak le dejó un poco más sobrio.

Lycon se estiraba y retorció soñoliento en sus brazos.

—¡Más alcohol! —murmuró—. ¡Oh, dioses! ¿No hay más alcohol?

Una lágrima caliente le cayó a Elak en el cuello y se quedó un momento considerando la nada desagradable idea de dejar abandonado a Lycon a merced de los guardias. Los soldados de San-Mu no gozaban fama precisamente de bondadosos, y los relatos sobre lo que hacían a sus cautivos eran moleestamente explícitos.

Sin embargo, corrió por la calle cegado por la repentina irrupción de la oscuridad, y se encontró de súbito con un rostro rugiente y barbudo, apenas visible a la luz de las estrellas. Dejó caer a Lycon y tomó la espada. Ya el soldado se precipitaba adelante blandiendo la gran espada.

Entonces sucedió aquello. Elak vio que la boca del guardia se abría de par en par, vio que los ojos fríos se le llenaban de terror. El rostro del hombre era un abismo de miedo. Huyó desesperadamente. La punta de su espada había pasado muy cerca de la cara de Elak.

El soldado desapareció corriendo en la sombra.

Moviéndose como serpiente, Elak se volvió con la espada a punto. Alcanzó a divisar un movimiento confuso. El hombre que tenía enfrente se había llevado las manos rápidamente al rostro y las había vuelto a bajar con igual rapidez. Pero no era un gesto amenazador. No obstante, Elak sintió un escalofrío en la espalda, una sensación incómoda, inexplicable, al enfrentarse con su liberador. Los soldados de San-Mu eran valientes, por más que les faltara bondad y humanidad. ¿Qué cosa provocó el espanto del guardia?

Miró al otro. Vio un hombre de mediana estatura, envuelto en voluminosos atavíos de color gris que le hacían casi invisible a aquellas horas. Vio un rostro de rasgos regulares, estatuarios. Se hizo un agujero negro en la máscara blanca. Una voz suave susurró:

—¿Ha escapado de los guardias? No necesita más su espada. Soy amigo...

—¿Quién?... Pero no hay tiempo para conversar. Gracias y adiós.

Elak se inclinó y volvió a ponerse a Lycon sobre los hombros. El hombrecillo pestañeaba y pedía más alcohol. El rápido crecer del ruido provocado por muchos pies corriendo y la proximidad de varias antorchas que seguían acercándose, creó un extraño ambiente de luz, sombras y ruidos en torno a los tres hombres.

—Aquí —susurró el hombre de las vestiduras grises—. Estarán a salvo.

Elak notó que en la muralla de piedra que tenía al lado se estaba abriendo un rectángulo negro. Atravesó el portal sin vacilar. El otro le siguió y quedaron instantáneamente en la más completa oscuridad, mientras una puerta invisible giraba crujiendo sobre viejos goznes.

Elak sintió que una mano suave le tocaba en el hombro. ¿O no era una mano? Por un segundo, tuvo la increíble sensación que la carne que le había tocado no pertenecía a ningún cuerpo humano. Era tan suave, ¡tan fría! Se le encogió la piel al sentir el contacto de la cosa. Se separó y sintió el roce de las vestiduras grises de nuevo. Las agarró.

—¡Sígueme!

Elak avanzó silenciosamente, agarrado al vestido gris del guía y con Lycon sobre los hombros. Elak no podía imaginarse cómo se las arreglaba el otro para caminar en la oscuridad. Debía saber de memoria el camino. Pero el corredor —o el pasadizo, más bien— doblaba y se torcía infinidad de veces a medida que iban descendiendo. Hasta que Elak tuvo la sensación que se estaba moviendo por un espacio más amplio, por una caverna quizá. Los pasos le sonaban de manera distinta. Y, en plena oscuridad, le llegaban susurros.

Los susurros no eran en ninguna lengua que conociera. Los murmullos sibilantes se arrastraban de modo muy extraño: hicieron fruncir el ceño a Elak. Se llevó involuntariamente la mano a la empuñadura de la espada.

—¿Quién está aquí? —gruñó.

El guía invisible gritó algo en el idioma misterioso. Inmediatamente cesaron los murmullos.

—Está entre amigos —le dijo suavemente una voz desde la oscuridad—. Casi hemos llegado. Unos cuantos pasos más...

Unos cuantos pasos más... Y las luces se encendieron. Estaban en una pequeña cámara rectangular cavada en la roca. Las paredes nitrosas resplandecían a la luz de la lámpara de aceite, y un pequeño arroyo de agua atravesaba el suelo de roca de la cueva y se perdía, entre ruidos de agua que se escurre cayendo, por un agujero en la base de la pared. Se veían dos puertas. El hombre de las vestiduras grises cerraba una de ellas. Una mesa desnuda y pocas sillas eran todo el amueblado de la habitación. Elak aguzó el oído. Escuchaba algo..., algo que no debía escucharse en el interior de San-Mu. No podía equivocarse. Era el sonido de las olas rompiendo en la distancia... De vez en cuando un golpe más seco y rugiente: el ruido del agua al estrellarse contra la costa.

Tiró sin ceremonias a Lycon sobre una de las sillas. El hombrecillo cayó adelante, sobre la mesa, y metió la cabeza entre los brazos. Murmuró tristemente:

—¿No hay alcohol en Atlántida? Me muero, Elak. Mi vientre es un árido desierto por el que marchan los ejércitos de Eblis.

Gimió tristemente unos instantes y luego se quedó dormido.

Elak se sacó ostentosamente la espada y la dejó sobre la mesa.

—Me debes una explicación —dijo—. ¿Dónde estamos?

—Soy Gesti —respondió el vestido de gris.

El rostro lo tenía pálido como la cera, y más pálido parecía a la luz de la lámpara de aceite. Sus ojos, hundidos profundamente, miraban de un modo muy extraño:

—Le salvé de los guardias, ¿eh? No me va a negar eso.

—Ya se lo agradecí —contestó Elak—. ¿Y bien?

—Necesito la ayuda de un valiente. Y pagaré bien. Si le interesa, bueno. Si no, ya veré el modo que parta a salvo de San-Mu.

Elak se quedó pensando.

—Es verdad que tenemos muy poco dinero.

Recordó la bolsa que tenía en el cinturón y sonrió torcidamente.

—No es lo suficiente para que nos dure mucho, en cualquier caso. Quizá nos intereseamos. Aunque...

—¿Bien?

—Me gustaría saber cómo se libró tan rápido del guardia que le agredió en la calle detrás de la taberna.

—Esos asuntos no me interesan —le susurró Gesti con su voz sibilante—. Los guardias son supersticiosos y es fácil jugar con sus debilidades. ¡Dejemos eso!

Los fríos ojos miraron cara a cara a Elak y éste se sintió vagamente amenazado.

Esto era peligroso. Sin embargo, el peligro rara vez le había detenido.

—¿Cuánto pagará? —preguntó.

—Mil monedas de oro.

—Cincuenta mil copas de alcohol —murmuró Lycon entre sueños—. Acepta, Elak. Te esperaré aquí.

La mirada que Elak lanzó a su compañero demostraba muy poco cariño.

—No ganarás nada —le prometió—. ¡Ni una sola moneda!

Se volvió a Gesti.

—¿Qué debe hacerse para obtener esa recompensa?

El rostro inmóvil de Gesti le contemplaba críticamente.

—Matar a Zend.

—¿Matar a... Zend? ¿A Zend? ¿Al mago de Atlántida?

—¿Tiene miedo? —le preguntó Gesti, imperturbable.

—Por cierto —contestó Lycon sin levantar la cabeza—. Sin embargo, si Elak no lo tiene, puede matar a Zend y yo le esperaré aquí.

Sin hacerle caso, Elak dijo:

—He oído cosas muy raras sobre Zend. Sus poderes no son humanos. En realidad, hace más de diez años que no se le ve por las calles de San-Mu. Dicen que es inmortal.

—Los hombres son... locos.

Había tal desprecio en los ojos y en la voz de Gesti, que Elak le miró fijamente. Parecía que Gesti hacía comentarios sobre una raza ajena. El hombre del atuendo gris continuó hablando rápidamente, como si advirtiera el curso de los pensamientos de Elak.

—Hemos abierto un pasaje bajo el palacio de Zend. Podemos entrar allí cualquier día. Podríamos hacerlo esta misma noche. Te encomiendo dos tareas: matar a Zend y hacer trizas la esfera roja.

—Esto es enigmático. ¿De qué esfera me habla?

—Está sobre el minarete más alto de su palacio. El poder le viene desde allí. En el palacio hay un rico botín, Elak..., si así te llamas. Así te llamó el hombrecillo.

—Elak o zopenco o ladrón o borracho —exclamó Lycon, que se palpaba pensativamente la túnica—. Todo eso junto. Llámeme por cualquiera de esos nombres: le van bien, ¿Dónde está mi oro, Elak?

Pero, sin esperar respuesta, se sumergió en la silla, se le cerraron los ojos y abrió la boca para roncar. Por fin, se cayó de la silla y rodó bajo la mesa. Allí se quedó quieto.

—¿Qué demonios puedo hacer con él? —preguntó Elak—. No lo puedo llevar conmigo. Es...

—Déjelo aquí —dijo Gesti.

Los fríos ojos de Elak enfrentaron los del otro.

—¿No le pasará nada?

—Nada en absoluto. Nadie conoce, a excepción de nosotros, este pasaje subterráneo.

—¿Qué grupo es este? —preguntó Elak.

Gesti no dijo nada durante bastante tiempo. Después susurró:

—¿Necesitas saberlo? Un grupo político reunido para derrocar al rey de San-Mu y a Zend, de quien aquél recibe el poder. ¿Tienes más preguntas que hacer?

—No.

—Entonces sígueme.

Gesti condujo a Elak hasta una de las puertas de madera; la abrió completamente y avanzaron por un pasaje lateral. Elak tropezó en la oscuridad. Sintió que la túnica de Gesti le rozaba la mano y la agarró. Ascendieron por una escalera tallada en la roca. En plena oscuridad.

A medio camino, Gesti se detuvo.

—No puedo continuar —susurró—. El camino es estrecho. Al final de la escalera hay una trampa de piedra. Ábrela. Estarás dentro del palacio de Zend. Aquí tienes un arma para ti.

Le pasó un tubo de metal.

—Simplemente tienes que apretar a los lados y apuntar hacia Zend el extremo más pequeño. ¿Comprendido?

Elak asintió. Y aunque Gesti difícilmente pudo ver su gesto en la oscuridad, le susurró:

—Bien. ¡Que Dagon te guarde!

Se volvió y se marchó. Elak sentía el roce de sus vestiduras muriendo en la distancia. Empezó entonces a subir las escaleras. Dagon... ¿Era Gesti un sirviente suyo, un sirviente del prohibido dios maligno del océano? Poseidón, el buen dios del océano, tenía templos de mármol en toda la tierra. Pero el culto de Dagon hacía siglos que se había prohibido. Existían muchas leyendas sobre otra raza cuyo dios era Dagon, una raza que no provenía de la humana ni tenía que ver con nada de la Tierra...

Elak se abrió paso hacia arriba. Apretaba la extraña arma. Al fin se estrelló la cabeza dolorosamente contra una piedra. Maldijo en voz baja y tentó en la oscuridad. Era la trampa de la cual le hablara Gesti. Dos cerrojos se deslizaron sobre bien aceitados goznes. Y la puerta se levantó fácilmente, apenas Elak le aplicó la fuerza de sus hombros.

Se encaramó en la semioscuridad y apareció en una pequeña habitación en la que la luz se filtraba por una estrecha ventana muy alta en la pared. Una rata chilló y huyó despavorida apenas se irguió sobre los pies. La habitación estaba en desuso, aparentemente. Elak avanzó poco a poco hacia la puerta.

La abrió lentamente, con mano cuidadosa. Ante él se abría un corredor. Algunas piedras brillantes, dispuestas en el techo y los zócalos de trecho en trecho, desprendía la débil luz azul que apenas lo iluminaba. Elak se dirigió hacia la parte alta del corredor. Gesti le había dicho que la esfera roja estaba en el minarete más alto y cuyas irradiaciones rojas hacían invencible a Zend.

Elak vio la cabeza en un nicho de la pared. La impresión le dejó helado, asombrado. Era una cabeza sin cuerpo, instalada sobre un pedestal dorado dentro de una pequeña hendidura de la pared, con las mejillas hundidas y el cabello desordenado. ¡Pero los ojos brillaban con increíble vida! ¡Esos ojos le estaban mirando!

—¡Ishtar! —suspiró Elak—. ¿Qué brujería es ésta?

Pronto lo descubrió. Los pálidos labios del monstruo se estremecieron y torcieron y desde ellos salió un grito de alarma.

—¡Zend! ¡Zend! Un extraño recorre tus...

Voló la espada de Elak. Apenas hubo sangre. Sacó la espada del ojo, murmurando plegarias a todos los dioses y diosas que pudo recordar. Se abrieron las flacas mandíbulas y una lengua ennegrecida e hinchada se escurrió entre los dientes. Un párpado rojo y morado cayó sobre el ojo que Elak no había traspasado.

No se escuchaba nada aparte del incesante jadear de Elak. Observó la cosa monstruosa del nicho y, seguro que ya no era más una amenaza, emprendió de nuevo la marcha hacia la parte alta del corredor. ¿Habría oído Zend la advertencia de su centinela? Si era así, el peligro le debía estar rodeando por todas partes.

Una cortina plateada pendía a través del corredor. Elak la rasgó y, al observar el otro lado, se quedó completamente frío.

Un enano de no más de un metro veinte de estatura y una cabeza inmensamente grande y piel gris y arrugada se le acercaba corriendo. Elak se imaginó que debía ser Zend. Así lo había oído describir en las leyendas que corrían sobre él. Detrás del brujo caminaba a grandes pasos un gigante semidesnudo que llevaba sobre los hombros la flexible forma de una mujer joven. Elak saltó a un lado y se dio cuenta que había tardado demasiado. Zend cruzó la cortina de plata cuando Elak empezaba a correr hacia la parte baja del pasadizo.

Divisó un rectángulo negro a su lado, otro corredor que había visto de reojo al pasar hacia arriba un momento antes. Se precipitó a esa oscuridad protectora. Cuando pasara Zend le mataría y trataría de enfrentarse después con el gigante. Recordó la fuerte musculatura que pudo apreciar bajo la piel blanca y como muerta del gigante y no se dio muchas posibilidades de éxito. Se dio cuenta, en ese instante, que el gigante le parecía conocido.

Entonces recordó. Dos días antes había visto degollar a un hombre, a un criminal, en el templo de Poseidón. No había error. El gigante era ese hombre. ¡Zend le había devuelto la vida con su magia maligna!

—Ishtar —susurró Elak, transpirando—. Mejor haber muerto en manos de los guardias.

¿Cómo podría matar a un hombre ya muerto?

Elak vaciló con la espada a medio sacar. No tenía objeto evitar el problema. Se mantendría escondido y a salvo hasta que Zend se separara de su fantasmal sirviente. Entonces sería muy fácil poner seis pulgadas de hierro dentro del cuerpo del brujo. A Elak nunca le gustó tomar riesgos innecesarios y tenía buena vista desde su escondite. Escuchó un raspar de pasos y se refugió en el corredor lateral para dejar pasar a Zend. Pero el brujo se volvió de súbito y empezó a subir por el corredor donde se había refugiado Elak. Zend llevaba en la mano una piedra brillante cuyo resplandor iluminaba el pasaje, aunque débilmente.

Elak huyó. El corredor era estrecho y empinado y terminaba en una muralla que cerraba el paso. Detrás suyo crecía en la distancia el ruido de los pasos. Palpó desesperadamente en la oscuridad. Si había un sitio donde esconderse, no lo pudo encontrar.

Se le iluminó el rostro con una breve sonrisa: el pasaje era muy estrecho. Si podía...

Se apoyó con las palmas de las manos en una pared y con los pies desnudos en la otra. Cara al suelo, rápido, con los músculos realizando esfuerzo máximo, se elevó hasta la parte más alta. Quedó a salvo: hasta el gigante podía pasar por debajo. Allí se quedó, mirando para abajo.

Sólo un hombre muy fuerte podía haber hecho eso. Si Elak hubiera sido un poco más pesado, el esfuerzo le habría resultado imposible. Le dolían espantosamente tanto los hombros como los muslos por la fuerza que debía hacer para mantenerse en su posición.

El trío se aproximaba. Si miraban para arriba, Elak estaba dispuesto a usar su espada o la extraña arma que le diera Gesti. Pero, aparentemente, no le descubrieron, escondido, como estaba, por las sombras del techo.

Divisó vagamente a la muchacha que llevaba el gigante. ¡Una hermosa ramera! Pero, por supuesto, Zend debía escoger las doncellas más atractivas para sus brujerías y nigromancias.

—Si ese monstruo muerto-en-vida no estuviera presente —gruñó—, me dejaría tentar de caer en la cabeza de Zend. La muchacha me lo agradecería, sin duda.

Estaba inconsciente, por el momento. La cabellera, larga y negra, le cubría las mejillas y se le estremecían unos oscuros pendientes y los negros rizos con cada movimiento del gigante. Zend, debajo, palpaba la muralla. Se deslizó la suave y lisa superficie de piedra y el enano gris pasó a lo que había más allá. El gigante le siguió y la puerta volvió a cerrarse.

Elak imprecó silenciosamente, aliviado, y se dejó caer con suavidad. Se sacudió las manos en la túnica de cuero. Sangraban, y sólo la dureza de la planta evitó que le sucediera lo mismo en los pies. Esperó un poco y tanteó la pared en la oscuridad. Encontró la cerradura secreta.

Se corrió la puerta con ruido bajo y breve. Elak se encontró en un corto corredor que terminaba en otra cortina plateada. Avanzó y, aliviado, notó que la puerta permanecía abierta a sus espaldas.

Detrás de la cortina de plata había una habitación enorme, abovedada, con grandes ventanas abiertas a través de las cuales se filtraba con fuerza el viento de la noche. La habitación resplandecía con el brillo de las piedras azuladas que había en el techo y en las paredes y formaban extraños arabescos. A través de una de las ventanas, Elak alcanzó a ver la luna. Tres arcos, cada uno con una cortina, rompían la superficie de la pared del fondo. La habitación misma, rica en ornamentos, en sedas y cojines, estaba vacía. Elak la atravesó sin ruido y levantó la cortina del primero de los arcos.

Le cegó una luz blanca muy potente. Había visto antes, brevemente, tremendas fuerzas, fuerzas ciclópeas dispuestas a destrozarse cuanto se les opusiera. Ahora no veía nada. Sólo una habitación vacía. ¡Pero él sabía que no lo estaba! Un poder inimaginable salía por detrás de ese arco y estremecía cada átomo del cuerpo de Elak. Su rostro se reflejaba en las resplandecientes paredes de acero.

Y en el piso, en pleno centro de la habitación, vio una piedra de color fango. Eso era todo. Pero alrededor de la piedra surgía una ola tan grande de poder, que Elak tiró la cortina y se retiró con los ojos llenos de terror. Se fue rápidamente hacia la otra cortina y miró temeroso a su través.

Contempló una habitación pequeña, llena de alambiques, retortas y otros instrumentos de Zend. El gigante pálido estaba sentado silenciosamente en un rincón. La muchacha, todavía inconsciente, yacía sobre una mesa baja. Sobre ella se movía el enano gris, con un frasco pequeño de cristal en la mano. Lo sacudió. Cayó una gota.

Elak escuchó la voz áspera de Zend.

—Una nueva sirviente..., una nueva alma para servirme. Cuando tenga llena el alma, la enviaré a Antares. Allí existe un planeta donde se conoce mucha magia. Quizá pueda aprender otros secretos...

Elak se volvió a la última habitación. La cortina cubría una escalera. Desde la cima brillaba una luz rosa. Recordó las palabras de Gesti: «¡Destruye la esfera roja, de allí viene su poder!»

¡Bien! Rompería primero la esfera y después destruiría a Zend, que ya carecería de poder y sería presa fácil. Elak saltó ágilmente y empezó a subir las escaleras. Sintió un grito gutural por detrás.

—¡Eblis, Ishtar y Poseidón. ¡Protéjanme! —gritó Elak.

Estaba ya en la cima de la escalera, en una habitación de alta cúpula por cuyas estrechas ventanas penetraba la luz de la luna. Era la habitación de la esfera.

La gran esfera yacía colgando de un recipiente de plata. Brillaba con iridiscencias rosadas y rojas, y de ella salían tubos y alambres que se perdían en las murallas. Era casi de la mitad del tamaño de Elak. Su brillo era muy suave pero hipnóticamente intenso. Se quedó un momento inmóvil, mirando.

Detrás suyo sintió los pasos de alguien en la escalera. Se volvió y se encontró con el pálido gigante que subía. Una cicatriz verdosa le cruzaba el cuello. Tenía razón, por lo tanto. Era el criminal que vio ejecutar, y que Zend debía haber vuelto a la vida por obra y gracia de sus poderes mágicos. Enfrente de peligros reales, Elak olvidaba a los dioses y recurría a la espada. Las oraciones, había descubierto, no detenían el puñal ni las manos que querían estrangular.

Sin hacer el menor ruido, el gigante se precipitó sobre Elak que se dobló bajo las manos poderosas, pero clavó hasta el fondo su estoque en el pecho de su oponente. La espada se dobló peligrosamente. La retiró justo a tiempo para evitar que se quebrara. Quedó vibrando sonoramente. El gigante parecía intacto. Pero la espada le había atravesado el corazón. No sangraba absolutamente nada.

La batalla no fue muy larga y terminó en la ventana. Los dos hombres patinaban y resbalaban por la habitación. Arrancaban multitud de alambres y tubos de sus emplazamientos. La lucha era furiosa. Repentinamente la luz roja de la esfera disminuyó. Se extinguió. En ese mismo instante, Elak sintió que las manos del gigante le rodeaban la cintura.

Antes que le pudiera apretar, se dejó caer. La luna se filtraba por una ventana exactamente a su lado. Empezó a golpear desesperadamente al gigante en las piernas, tratando de hacerle caer. El gigante se desplomó.

Cayó tal como cae un árbol, sin intentar aminorar la fuerza de la caída. Movi6 las manos como garras en busca de la garganta de Elak. Pero 6ste empujaba con todas sus fuerzas, fren6ticamente, a la masa blanca, fría y musculosa. Trataba de tirarla por la ventana. Se balance6, se derrumb6..., y cay6.

No grit6. Poco despu6s se oy6 el ruido sordo y pesado. Elak se levant6 y recuper6 la espada, y dio gracias a Ishtar por su liberaci6n. Porque, pens6, «un poco de cortesía no cuesta nada y, aunque fue mi habilidad y no la fuerza de Ishtar lo que me libr6, uno nunca sabe... Tambi6n había otros peligros que enfrentar y, si los dioses son caprichosos, mucho m6s lo son las diosas.»

Un alarido de la parte baja le hizo correr escaleras abajo con la espada preparada. Zend corría hacia 6l, con el rostro grisáceo de terror. El enano vacil6 al verle. Se detuvo. Por detras suyo se sentía un murmullo sordo de muchas voces. Elak le esper6 al pie de la escalera.

Entr6 una horda de pesadilla. Por el mismo pasadizo por donde lo hiciera Elak. A la vanguardia venía Gesti, con sus ornamentos grises y su cara blanca tan impasible como siempre. Detras suyo los seres m6s horribles reptaban, saltaban y se tambaleaban. Elak record6 las voces que oyera murmurar en la caverna subterr6nea y supo ahora qu6 clase de criaturas eran las que así hablaban.

Una raza que no provenía de seres humanos ni terrenales...

Tenían el rostro como peces con la mirada fija y como máscaras, picos de loro y grandes ojos cubiertos de una película transparente. Los cuerpos eran cosas amorfas, medio gelatinosas, medio sólidas, como los calamares. Varios tentáculos móviles les salían irregularmente del cuerpo. Eran los engendros de un universo de locura y se acercaban corriendo erizados y blasfemos. El estoque se movió en vano y cay6 sobre las piedras junto con Elak. Luch6 inútilmente un momento, escuchando los gritos agudos y ag6nicos del brujo. Los tentáculos fríos le estaban rodeando y le cegaban con sus colas constrictoras. Repentinamente desapareci6 el peso que le mantenía indefenso. Descubri6 que le habían atado fuertemente de pies y manos con cuerdas poderosas. Luch6 por liberarse. En vano. Se qued6 quieto.

Descubri6 que a su lado yacía, igualmente amarrado, el brujo. Los seres de pesadilla se movían en orden y con rapidez hacia la habitaci6n en la cual Elak sintió aquel poder tremendo que dependía de la piedra oscura. Desaparecieron por detras de la cortina y junto a Elak y al brujo sólo qued6 Gesti. Estaba de pie, mir6ndoles a los dos, con el blanco rostro inm6vil.

—¿Qu6 traici6n es esta? —le pregunt6 Elak sin muchas esperanzas—. Déjame libre y dame mi oro.

—No necesitas el dinero. Morirás muy pronto —se limit6 a decirle Gesti.

—¿Eh? ¿Por qu6?...

—Necesitamos sangre humana fresca. Por eso no matamos a Zend. Necesitamos vuestra sangre Pronto estaremos listos.

Por detras de la cortina de plata surgi6 una explosi6n de susurros sibilantes. Elak le pregunt6:

—¿Qu6 clase de demonios son esos?

El brujo jade6:

—¿Usted se lo pregunta a él? ¿Acaso no sabía que...?

Gesti levantó las manos enguantadas y se quitó la máscara. Elak se mordió los labios para contener un grito. Ahora sabía por que Gesti siempre estaba impasible. Usaba una máscara.

Detrás de ella estaban el pico de loro y los ojos de pez que Elak conocía tan bien. Se quitó las vestiduras grises: los pliegues se sostenían en los tentáculos. El susurro sibilante salió por el horrible pico del monstruo:

—Ahora ya sabes a quién has servido.

La cosa que se había llamado a sí misma Gesti se volvió y avanzó —no se podía llamar caminar a su manera de moverse— hacia la cortina detrás de la cual se habían escondido sus compañeros. Se reunió con ellos.

Zend miraba a Elak.

—¿Usted no lo sabía? ¿Les ha servido y no lo sabía?

—No, ¡por Ishtar! —juró Elak—. ¿Cree que habría dejado a..., a esos..., qué son? ¿Qué es lo que van a hacer?

—Deslícese hasta aquí —ordenó Zend—. Quizá pueda aflojarle esos nudos.

Elak le obedeció y las manos del brujo trabajaron todo lo que pudieron.

—Dudo que manos humanas puedan hacer estos nudos, pero...

—¿Qué son? —preguntó otra vez Elak—. Dígamelo pronto antes que me vuelva loco pensándolo...

—Son los hijos de Dagon —dijo Zend—. Viven en las grandes profundidades del océano. ¿Nunca ha oído hablar de los adoradores de Dagon?

—Sí. Pero nunca creí que...

—Oh, hay cierta verdad en ese relato. Hace millones de años, muchos millones, antes que la humanidad poblara la Tierra, sólo había agua. No existía la tierra. Y del fango salió una raza de seres que vivían en las profundidades abisales del océano, criaturas inhumanas que adoraban a Dagon, su dios. Cuando las aguas retrocedieron y aparecieron los grandes continentes, estos seres se retiraron a los abismos mas profundos. Su poderoso imperio, que abarcaba de polo a polo todo el globo, quedó destrozado con la aparición de las masas de tierra. Apareció el ser humano (aunque ignoro la fecha exacta) y las civilizaciones. No se mueva. Estos malditos nudos...

—No le entiendo todo —respondió Elak, que se sobresaltó un poco cuando el brujo le clavó las uñas en las muñecas—, pero continúe.

—Estos seres odian al Hombre porque consideran que les arrebató su reino. Su gran esperanza es volver a hundir los continentes para que el mar los cubra de nuevo y no sobreviva ningún hombre. Y así su poder volvería a abarcar el mundo entero, tal como hace tantos años. No son humanos, ya ve, y adoran a

Dagon. No quieren que se adore a ningún dios de la tierra. Ni a Ishtar, ni a Eblis, ni a Poseidón el de los mares asoleados... Y me temo que ahora cumplirán su propósito.

—No, si consigo liberarme —dijo Elak—. ¿Cómo van los nudos?

—Se aguantan —gruñó el brujo, desalentado—. Pero he aflojado ya una cuerda. Me he destrozado los dedos. ¿Ha quebrado el globo rojo?

—No —contestó Elak—. Algunas cuerdas se soltaron mientras luchaba con su esclavo, y se extinguió la luz.

—¡Gracias sean dadas a los dioses! —dijo Zend fervientemente. Si puedo reparar el daño y volver a encender el globo, los hijos de Dagon morirán. Para eso sirve. Los rayos que emite destruyen sus cuerpos, que de otro modo son invulnerables o casi invulnerables. Si no hubiera tenido ese globo habrían invadido mi palacio y me habrían matado hace años.

—Tienen un túnel bajo las bodegas —dijo Elak.

—Ya veo. Pero no se atrevían a invadir el palacio mientras brillara el globo, porque esos rayos de luz les habrían matado. ¡Malditos nudos! Si cumplen su propósito...

—¿Cuál es? —preguntó Elak.

Pero ya había adivinado la respuesta.

—¡Hundir Atlántida! Hace mucho que la isla-continente se habría hundido si no hubiera utilizado mi ciencia y mi magia contra el poder de los hijos de Dagon. Son maestros del terremoto y Atlántida no se apoya sobre fundamentos demasiado sólidos. Tienen poder suficiente para hundir a Atlántida para siempre. Pero en esa habitación hay un poder mucho más potente que el suyo. He conseguido fuerza de las estrellas y de las fuentes cósmicas del Universo. No sabe nada de mi poder. Es suficiente, más que suficiente, para mantener a Atlántida firme sobre sus cimientos, inexpugnable a los ataques de los hijos de Dagon. Antes de ésta ya han destruido otras tierras.

La sangre corría por las muñecas y las manos de Elak mientras el brujo le destrozaba las cuerdas.

—Ah..., otras tierras. Hubo razas que vivieron en la Tierra antes de la llegada del hombre. Mis poderes me han permitido ver una isla llena de sol situada muy al sur, una isla donde habitaba una raza de seres altos como árboles, cuya carne era tan dura como la piedra y cuyas formas eran tan extrañas que usted apenas las habría comprendido. Se elevaron las aguas y cubrieron esa isla y toda la gente murió. He visto una montaña gigantesca que se abrió paso entre un montón de aguas tormentosas, en plena juventud de la Tierra. En las torres y minaretes que coronaban su cima, vivían seres como esfinges, con cabezas de bestias y de dioses, cuyas alas no bastaron para salvarles del cataclismo que se les vino encima. Porque la ruina se cernió sobre la ciudad de las esfinges que se precipitó al fondo del océano destruida por los hijos de Dagon. Y hubo...

—¡Atención! —susurró Elak casi sin aliento e interrumpió al brujo—. ¡Nos rescatan!

—¿Eh? —gritó el brujo.

Giró la vista hasta que divisó al hombre pequeño y simiesco que se acercaba corriendo silenciosamente con un cuchillo. Era Lycon, a quien Elak dejara dormitando en la caverna subterránea de Gesti.

Silbó el cuchillo y tanto Elak como Zend quedaron libres. Elak le dijo rápidamente.

A las escaleras, brujo. Arregla tu globo mágico y trata de matar a esos monstruos. Nos sostendremos aquí.

Sin decir una palabra, el enano partió silenciosamente por las escaleras y desapareció, Elak se volvió a Lycon.

—¿Cómo diablos...?

Lycon guiñó sus ojos azules.

—Apenas lo sé, Elak. Sólo recuerdo que cuando me llevabas borracho en brazos y el soldado gritó y huyó, vi algo que no puedo recordar exactamente. Sólo recuerdo que hace unos minutos estaba por ahí abajo en algún sitio. Era un rostro como de gárgola con un pico enorme y horrible y ojos como los de una serpiente. Y recuerdo que Gesti se puso una máscara sobre el espantoso rostro poco antes que tú doblaras por el pasaje. Supe, por tanto, que Gesti debía ser un demonio.

—Y subiste hasta aquí —comentó Elak en voz baja—. Bueno, has hecho, por fin, algo útil. Yo..., ¿qué sucede?

A Lycon le brillaban los ojos.

—¿Ése es tu demonio —preguntó el hombrecillo.

Elak se dio la vuelta y sonrió. Frente a ellos, confundida y asustada, estaba la muchacha con la cual Zend hacía experimentos... La doncella cuya alma estuvo a punto de quedar esclavizada a Zend cuando llegó Elak. Ahora tenía abiertos los ojos, suaves y oscuros, y le brillaba el cuerpo blanco contra el atavío de seda negra que llevaba.

Se había despertado, al parecer, y se había levantado de la mesa.

La mano de Elak alcanzó a advertirle que no hiciera ruido, pero el gesto llegó demasiado tarde. La muchacha habló:

—¿Quiénes son? Zend me raptó. ¿Han venido a liberarme? ¿Dónde...?

Elak dio un salto, la agarró con fuerza y la arrastró hacia las escaleras. Brilló el estoque en sus manos. Le sonrió en forma tranquilizadora.

—Si salimos vivos, podrás escapar de Zend y de sus poderes mágicos —le dijo a la muchacha.

Ya escuchaba una explosión de silbidos y el murmullo atroz de la horda al ataque. Pero no se volvió.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Coryllis —respondió la joven.

—¡Cuidado, Elak! —gritó Lycon.

Elak se dio la vuelta y alcanzó a ver la rápida espada del hombrecillo que cortaba en dos un tentáculo. El pedazo cortado cayó retorciéndose y coleando, haciendo asquerosos nudos. Las horripilantes caras de los monstruos se clavaron en Elak. Los hijos de Dagon cargaron irresistibles, con los fríos ojos fulgurantes, con tentáculos tentantes, con cuerpos iridiscentes que temblaban como jalea. Elak, Lycon y Coryllis fueron arrastrados por la espantosa ola y debieron retroceder hacia la escalera.

Lycon blandía la espada rugiendo y maldiciendo inarticuladamente. Pero le atraparon y le arrancaron la espada de las manos. Elak trató de cubrir a Coryllis con su cuerpo. Pero se sintió caer, inevitablemente, oprimido por el peso de los fríos y asquerosos cuerpos que se retorcían horriblemente vivos. Golpeó desesperadamente y sintió bajo sus manos una superficie fría como la nieve, derritiéndose.

El peso que le oprimía disminuyó lentamente. Y las cosas se empezaron a retirar, huían, corrían tambaleándose y cayendo hacia las escalinatas, chillando enloquecidas. Se ennegrecieron y se fundieron. Se convirtieron en una sustancia viscosa que empezó a gotear por la escalinata...

Elak se dio cuenta de lo que sucedía. Estaban rodeados de una luz rosada. El brujo había reparado su globo mágico y el poder de sus rayos estaba destruyendo la amenaza de pesadilla que subió desde las profundidades.

En un instante todo había terminado. Ya no quedaba trazo alguno de la horda que les había atacado. Grumos grises y viscosos. Nada más. Elak notó que estaba jurando en voz baja. Dejó de jurar y empezó a rezar. Agradeció profundamente a Ishtar por su liberación.

Lycon recuperó la espada y pasó el estoque a Elak.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—¡Ya estamos listos! Nos llevaremos a Coryllis. No hay necesidad que permanezcamos más tiempo aquí. Verdad que ayudamos al brujo, pero antes le combatimos. Quizá lo recuerde. No es preciso que averigüemos si está agradecido o no lo está. Sería estúpido hacer tal cosa.

Tomó a Coryllis, que se había desmayado, y siguió a Lycon por las escaleras. Se apresuraron a atravesar la gran habitación y a penetrar en los profundos corredores de más abajo.

Cinco minutos más tarde todos descansaban bajo un árbol de uno de los numerosos parques de San-Mu. Elak había robado un traje de seda que colgaba de un balcón y Coryllis se lo había puesto. Las estrellas brillaban fríamente en lo alto, sin preocuparse del destino de Atlántida, las mismas estrellas que seguirían brillando millones de años después, cuando ya no quedara memoria alguna de Atlántida.

Elak no pensaba en eso, por supuesto. Limpió su estoque con hierba. Lycon, que ya había limpiado su espada, se puso de pie, se cubrió los ojos con las manos y miró a través del parque. Murmuró algo y bajó corriendo por la colina. Elak se lo quedó mirando.

—¿Dónde irá? Ay..., ¡por Ishtar! Va a beber. Pero si no tiene dinero. Cómo...

Se le ocurrió algo, de súbito. Se palpó el cinturón. Maldijo.

—¡El mono borracho! ¡Me robó la bolsa cuando me soltó en el palacio del brujo!. Le...

Elak saltó de pie y dio un paso. Le sujetaron por los pies unos brazos suaves. Miró abajo.

—¿Eh?

—Déjale ir —dijo Coryllis, sonriendo—. Se ha ganado su alcohol.

—Sí... ¿Pero qué haré yo? Yo...

—Déjale ir... —murmuró Coryllis.

Y, desde entonces, Lycon se ha preguntado qué sucedió para que Elak nunca le preguntara por ese dinero.

FIN

Libros Tauro